

# Reflexiones



Por Partiquino

Nov 7 1979



## Ortografía

■ Transitaba por una apacible calle de la comuna de La Reina cuando mi vista tropezó con un carrito arrastrado por un burro que transportaba grandes tarros de aluminio. El conductor, con guardapolvo gris, tocaba en ese momento el timbre de una casa. Me acerqué con curiosidad a mirar lo que el hombre ofrecía y cuando leí el letrero que estaba pintado a un costado del carrito, casi me desmayo ante el súbito dolor de estómago que me provocó su lectura. El letrero decía: "Leche de Baca".

Cada vez que me tropiezo con una falta de ortografía grande como una catedral, mi organismo reacciona igual: un agudo dolor de estómago. Si el hombrecito aquel vendía "leche de baca", ¿cómo escribiría el nombre del animalito que arrastraba el carro? ¿Vurro?

Repuesto del malestar, me puse a pensar en lo insólito de mi reacción visceral. Me parece que, en mayor o menor medida, algo semejante le pasa a gran parte de la gente con cultura de mi generación. Las faltas de ortografía se destacan como una agresión personal, como una grosería lanzada al rostro, difícil de resistir sin escándalo.

Sin embargo, y bien pensado, el hecho no pasa de ser un prejuicio. Fuimos educados en un mundo en que la palabra escrita reinaba, en que el conocimiento se transmitía por libros y se estaba al tanto del diario acontecer del país y del mundo a través de los diarios y revistas. En ese mundo era lógico que la ortografía fuera un arma de importancia en la lucha por la vida, ella era un índice acerca del grado de "lectura" que tenía una persona y, en consecuencia, de su cultura y conocimiento.

Cuando el año pasado se tocaron a rebato las campanas de la alarma ante lo que se llamó "el apagón cultural",

las pruebas que se exhibieron para tan sombrío diagnóstico se centraron especialmente en los errores ortográficos en que habían incurrido jóvenes recién ingresados a la Universidad. Los que se alarmaron, sin embargo, no repararon en que esos jóvenes de mala ortografía pertenecían a una generación en que los llamados "medios audiovisuales" habían empezado a desplazar a la palabra escrita como única forma de aprendizaje, que tanto en la enseñanza media como en el examen a que se los somete para determinar su aptitud para ingresar a la universidad esos jóvenes habían sido sometidos a pruebas en que tenían que indicar alternativas de respuestas correctas marcando una simple "x" en un cuadrito y que su conocimiento de la actualidad provenía, más que de la lectura de diarios y revistas, de lo que oían por radio y veían en televisión.

Siendo así las cosas —y no es del caso formular sobre ellas un juicio de valor— la ortografía está pasando a ser una ciencia (¿o será un arte?) tan obsoleta como lo es desde hace tiempo la caligrafía, cuya importancia y utilidad fue desplazada por la popularización de la máquina de escribir.

Tenemos que concluir, lamentablemente, que existe un nuevo aspecto caracterizador de la tan cacareada brecha generacional, un test infalible para detectar quiénes pertenecen a la antigua generación y a la nueva, los de otra época y los que están en onda: la reacción que produce el ver una falta de ortografía imperdonable. A los que les duele el estómago, como es mi caso, mejor es que vayan echando sus barbas en remojo.

Pero aún siendo así, ¿no les parece como mucho escribir vaca con "b" de burro?